V Domingo de Cuaresma A
Hombre mortal y Señor de la vida

El Señor se presenta a sí mismo como la resurrección y la vida (*Jn* 11,25). Él es la fuente de la vida que se otorga al hombre para vivir para siempre. Jesús comunica la vida que Él mismo posee y de la que dispone (cf *Jn* 5,26). Una vida que anula la muerte, superándola por medio de la resurrección. En el milagro de la resurrección de Lázaro se anticipa el gran signo de esperanza para todos nosotros: la propia Resurrección de Jesús, principio y fuente de nuestra resurrección futura.

"Para la comunidad cristiana – enseña Benedicto XVI - es el momento de volver a poner con sinceridad, junto con Marta, toda la esperanza en Jesús de Nazaret: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo» (v. 27). La comunión con Cristo en esta vida nos prepara a cruzar la frontera de la muerte, para vivir sin fin en él".

Gracias al Espíritu Santo, que nos une a Cristo, la vida cristiana en la tierra es ya una participación en la muerte y en la Resurrección del Señor (cf *Rom* 8.8-11). Esta participación no se interrumpe con la muerte, ya que "si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consuma este 'morir con Cristo' y perfecciona así nuestra incorporación a Él en su acto redentor" (*Catecismo* 1010).

Desde esta perspectiva, la muerte cambia por completo de significado. Cristo, asumiéndola en un acto de total obediencia a la voluntad del Padre, transformó la maldición de la muerte en bendición, venciendo ese último enemigo, esa postrera consecuencia del pecado.

A la luz de la muerte y de la Resurrección del Señor nuestra mirada se abre al sentido definitivo de la existencia. La última palabra la tiene Dios, que no permite que su designio creador se vea abocado al fracaso por la infidelidad de los hombres. No es un Dios de muertos sino de vivos (*Mc* 12,27) y "en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús" (*Catecismo* 997).

Nuestra existencia personal, la historia y el universo en su conjunto no están condenados a un sepulcro sin futuro, sino que tienen en Cristo su mañana: "El Señor es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones […] Vivificados y reunidos en su Espíritu, peregrinamos hacia la consumación de la historia humana, que coincide plenamente con el designio de su amor: Restaurar en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra" (*GS* 45).

Como decía San Agustín, "la Resurrección de Cristo es nuestra esperanza"; nos introduce en un nuevo futuro, en el triunfo de Dios sobre el mal y la muerte. Tocamos así el verdadero eje de nuestra fe: "La fe en Cristo crucificado y resucitado es el corazón de todo el mensaje evangélico, el núcleo central de nuestro *Credo*" (Benedicto XVI).

Que en la celebración de la Santa Misa experimentemos la clemencia del Señor que se extiende a todos los hombres; la compasión de Cristo, “hombre mortal como nosotros, que lloró a su amigo Lázaro, y Dios y Señor de la vida, que lo levantó del sepulcro”.

Guillermo Juan Morado.